

# DÍAS DE RADIO

Gonzalo Larumbe Gutiérrez

Siempre que siento los primeros fríos del invierno recuerdo los tiempos en que iba a visitar a mis primos en Galzaraborda. Cogíamos en Gros el autobús de Beraun, que nos dejaba en un alto, y bajábamos por la calle del parque hacia Galzaraborda. Los días eran grises y ateridos de frío, como atenazados por la nostalgia. Al abrir un volumen de Proust uno se pregunta por esos mecanismos de la memoria involuntaria. Cuando yo tenía 14 años oía música punk. Sin embargo el sabor de aquellos años me lo devuelve más fácilmente la canción *María Magdalena* de la cantante Sandra, un engendro tecno-pop que entonces era objeto de mi desprecio. Y asimismo, si en los juegos de guerra a que jugaba con mis primos en Rentería siempre elegía los Estados Unidos, la emoción de aquellos juegos sólo resucita cuando leo algo sobre el Imperio Austro-húngaro. Y es que del Imperio Austro-húngaro no se oye hablar nunca, mientras que de Estados Unidos oímos hablar todos los días. De ahí que el viejo Imperio casi fósil (cuando aparece, por ejemplo, en un libro sobre la primera guerra mundial) resucite una emoción siempre joven, evocando el pasado, y la infancia. Y, del mismo modo, la canción de Sandra me recuerda la adolescencia porque no la he oído desde aquella época, y resucita cargada con las nostalgias y las emociones de entonces. La canción *Pidémelo otra vez* de Barricada me traía recuerdos de Andalucía. Venía en una cinta que había comprado poco antes de ir en un viaje de Semana Santa a Fuengirola con mi familia. La canción tenía unos versos que decían "Dónde están esos ojos / en los días de lluvia / Dónde vas vendiendo tu amor / por calles vacías". Y aquellos días, en Fuengirola, al escucharla sentía nostalgia del norte y del invierno. Así que ahora, aquella canción me traía recuerdos de aquellas tardes tórridas que pasara en Fuengirola evocando desde aquel lugar meridional los encantados valles de Vasconia, siempre cubiertos por la niebla de un perpetuo otoño.

La película de Woody Allen que más recuerdos me hace evocar es *Días de radio*. La película de Woody Allen, rodada en el invierno de la costa este americana, junto al Atlántico, me evoca en sus lluviosas imágenes el

lluvioso clima del País Vasco. Me hace recordar las tardes de invierno en Rentería, los días de otoño en frente del mar en la playa de Gros. Casi al principio de la película, cuando estamos viendo el paisaje del Rockaway de la época de infancia de Allen, en un día lluvioso, con el cielo gris, el suelo húmedo, y las olas chocando contra la costa en una bella serie de dos o tres planos la voz en *off* dice: "Perdonadme si me pongo nostálgico. Mi antiguo barrio no era siempre tan borrasco-so y azotado por la lluvia, pero así es como lo recuerdo".

Los críticos reprocharon superficialidad a la película, pese a que en mi opinión, se trata de una obra tan válida como *Hannah y sus hermanas*, aunque, desde luego, en un registro completamente distinto. Del mismo modo que en *Por el camino de Swann* de Proust, hay una parte, "Un amor de Swann" que es un retrato costumbrista de una serie de personajes sofisticados (como también lo era *Hannah y sus hermanas* de Woody Allen), también hay otra parte, "Combray", que se dedica a revivir difusos recuerdos de infancia. Ha escrito Adorno. "La frase de Jean Paul de que los recuerdos son la única posesión que nadie nos puede arrebatar, pertenece al acervo de consuelos impotentemente sentimentales que pretende hacer creer al sujeto que la retirada llena de resignación a la interioridad supone para él una satisfacción que suele desperdiciar". A continuación, Adorno considera que el problema es que los recuerdos que atesorábamos, pueden ser modificados por lo que vendrá. El matiz afectivo con que teñimos un recuerdo está mediatizado por nuestra trayectoria posterior. Nuestra perspectiva del pasado trata de enfocar lo que fuimos en el pasado en relación a lo que somos hoy. Nuestra psique actual es la red a través de la cual vemos el pasado, pero esto además está mediatizado por el hecho de que, salvo casos como los que documenta Proust de "memoria involuntaria", salvo en esos casos muy determinados, lo que nos queda es el "recuerdo del recuerdo". Lo que el recuerdo ha llegado a ser para nosotros en tanto lo reconstruimos, y le damos un significado. Fellini había reconocido ya, hablando de *Amarcord*,

que su infancia tal como aparecía en la película era una mistificación. Woody nos confiesa que no es que siempre el tiempo fuera lluvioso, pero le gusta recordarlo de esta manera. Es interesante el hecho de que la misma reflexión (dentro del texto) sobre el propio texto pone en evidencia que las reconstrucciones que opera la memoria, de forma consciente, o no consciente, siempre operan una deformación. Si hemos dicho que lo que nos queda es el recuerdo del recuerdo, cada instante de nuestra vida fabrica una representación para aprehender el recuerdo, pero en el instante siguiente ya no podemos hacer una representación directa del recuerdo, sino una representación de la representación, en la medida en que nuestro recuerdo, aun el más inmediato, es tan sólo como una fotocopia de lo que fue la impresión original.

La ironía agrisulce aparece cuando el niño Allen se enfrenta con un personaje de la radio, uno de los niños genios. Se trata de un pequeño monstruo petulante, que afirma. "Mi coeficiente intelectual es de 160, y eso es a todas luces extraordinario". Ese mismo niño saluda al niño Allen: "Encantado de conocerle, aunque creo que quizá decir eso sea una exageración". Los padres le dan un coscorrón al pobre niño, porque en vez de ser un genio, se pasa el tiempo oyendo la radio. La historia del jugador de *beisbol* que se va quedando inválido por sucesivos disparos de escopeta es, ciertamente, muy estúpida. Pero, precisamente, su valor estriba en que reduce a absurdo el estilo petulante de los locutores deportivos americanos, además de que es una parodia de la ética del esfuerzo, y de la religiosidad americana (al final de la historia se nos narra los triunfos que logró en la competición del Cielo). Pero, en contra de la opinión de algunos críticos, pienso que la narración visual de esta historia, es al menos tan interesante como su aspecto literario. Los helados paisajes invernales por los que el jugador va persiguiendo un pato, o ese plano

en que la cámara parece inclinada, como si el personaje fuera cuesta abajo, entre un paisaje otoñal, y se le dispara la escopeta, en el momento en que el personaje está fuera del campo visual. Paisajes que invitan a la nostalgia, a añorar lo que nunca jamás sucedió.

El final de la película, es donde se acumula toda la ironía sobre los medios de comunicación, que se articula dentro de una reflexión llena de angustia contenida ante el paso del tiempo. Después de la escena de una fiesta de Nochevieja, en la que Diane Keaton canta "You'd Be So Nice to Come Home To", de Cole Porter (una canción con una melodía muy parecida a la del bolero *Inolvidable*), cuando tenemos todavía en la mente la melancolía evocadora de esta canción, los personajes del espectáculo salen al tejado del edificio para celebrar el año nuevo. El personaje que interpretaba al "Vengador enmascarado" se pregunta qué pensarán las nuevas generaciones, y si se acordarán de ellos. Es una escena maravillosa, en que como quiere el tópico más relamido, no podía faltar la nieve ni la evocación (el lío amoroso que había vivido años atrás la rubia tonta que interpreta Mia Farrow, que para entonces ya es una estrella de voz profunda), y que se cierra con la declaración más sincera y melancólica de la voz en *off*: "Yo sigo recordando todavía todas aquellas voces, aunque a decir verdad cada Nochevieja las oigo más lejanas". Esto resume el tono ambivalente de una película que ha venido moviéndose entre la nostalgia y la ironía.

